

*María Eugenia
del Valle Prieto**

Recuerdos con Margarita Nolasco en Tijuana

Memories with Margarita Nolasco in Tijuana

P

rimero que nada, quiero reconocer a la Dra. Margarita Nolasco como mi gran maestra en Antropología. Con ella aprendí lo que todo antropólogo o antropóloga debe realizar con gran profesionalismo: la práctica de campo, fue ahí donde con la guía y la sabiduría de Margarita, mi jefa, pude concretar lo que por años estudié en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y que me ha servido a lo largo de mi vida profesional.

Ingresé al Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1966; era yo muy joven, todavía no me casaba. Mi primer trabajo fue como guía del Museo Nacional de Antropología, con un público de habla inglesa y francesa, así como con grupos de diversas nacionalidades; mexicanas, desde luego, y también latinoamericanas. Estábamos entrenadas (porque éramos mujeres) por uno de los grandes museógrafos, Mario Vázquez. Posteriormente ingresé a la Escuela de Antropología que se encontraba en el mismo museo en el primer piso, ahí supe del talento de Margarita Nolasco por sus alumnos. Ella, junto con otros maestros, se habían ido a la Universidad Iberoamericana. Siempre me pregunté cómo habrían sido sus cátedras en la ENAH, y pronto lo sabría, cuando empecé a trabajar con ella en los años setenta.

Mientras estudiaba la carrera dejé el puesto de guía por la invitación que me hizo el bibliógrafo don Antonio Pompa y Pompa, en ese momento director de la Biblioteca Nacional de Antropología, también localizada en el primer piso del mismo museo. Tuve la oportunidad de colaborar con otras grandes antropólogas colegas de Margarita, como la Mtra. Barbro Dahlgren, Carmen Anzures, Alicia Olivera, entre otras. Con don Antonio y con ellas oí relatos de las vidas de muchos antropólogos y antropólogas. Don Antonio dejó la dirección de la biblioteca y no todos los que trabajábamos con él nos quedamos ahí. Yo por mi parte fui a trabajar un breve tiempo con Iker Larrauri, en ese momento en la Dirección de Museos.

Ya había terminado la carrera de Antropología con especialidad en Antropología Social y deseaba estar en algún proyecto ligado a mis es-

Postulado: 21.03.22
Aprobado: 03.05.22

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Correo electrónico: <mevallep@yahoo.com.mx>.

tudios; así, fui a solicitar trabajo al Instituto Nacional Indigenista con otro de los grandes antropólogos, Salomón Nahmad. Uno de los grandes y mejores consejos que me dio fue el de pedirle a Margarita Nolasco, directora de Proyectos Especiales del INAH, que me incluyera en su equipo de investigadores, ahí se encontraba en ese momento la que fue su esposa Sarita Molinari, una gran persona. Estaban también Jacinto Barrera Bassols, Dalia Barrera Bassols, Iñigo Aguilar, Ma. Luisa Acevedo, Marcia Campos, Carlos Melesio Nolasco, y posteriormente llegaron Lilia Venegas Aguilera, Mayán Cervantes y Cristina.

Cuando me entrevisté con Margarita mi vida tomó el rumbo que siempre había deseado, me invitó a trabajar con su equipo, que llegó a ser de diez grandes compañeras y compañeros, como ya lo referí. La Dirección de Proyectos Especiales del INAH, en conjunto con Cecodes-Conacyt, incluía dos grandes proyectos: Antropología Urbana y Fronteras. Esta Dirección se encontraba en Churubusco, en lo que es hoy el Museo de las Intervenciones. Ahí teníamos nuestros cubículos, donde cada uno de nosotros desarrollábamos nuestras investigaciones. También asistíamos a congresos y a diferentes cursos.

El Proyecto de Antropología Urbana estaba enfocado en gran parte al estudio de la estructura familiar, tema en el que Margarita había trabajado y nos hacía ver que indagar la forma en que la familia se estructuraba en las zonas donde íbamos a trabajar era de fundamental importancia. Este proyecto estaba diseñado para incidir en las zonas marginales de las grandes urbes. Margarita había escogido la zona fronteriza del norte, con Tijuana; la zona industrial, con Monterrey; un enclave portuario, con Lázaro Cárdenas, y, finalmente, la zona urbana de la Ciudad de México.

Cada uno de los miembros del equipo tenía, entre otros, un tema central que abordar. Yo escogí el *nivel de vida en los asentamientos precarios*, a partir del cual surgió mi tesis de licenciatura, siempre asesorada por Margarita. El desarrollar trabajo de campo fue, para mí, una de las grandes enseñanzas. En esa época no había ni *tablets*, ni celulares, tampoco computadoras como las hay hoy en día. Salía-

mos al campo provistas o provistos de una pequeña cámara, una grabadora de aquellas con cinta, lápiz y papel donde, al terminar nuestros recorridos, teníamos que llenar nuestras fichas para luego escribir nuestros informes. Margarita nos iba guiando y haciéndonos ver que todos los detalles en nuestros recorridos eran fundamentales: cómo eran las casas, todos los detalles en ellas, cómo eran las vialidades, el entorno y, sobre todo, el contacto con la gente.

Los informantes nos daban elementos para conocer las diferentes realidades de los sitios donde hacíamos los recorridos. Uno de los momentos que más recuerdo como parte de este trabajo fue el hecho de que con Margarita nos presentábamos como maestros y maestras; era una forma de acercamiento con el que siempre nos abrían las puertas las personas entrevistadas. Hay una anécdota que quisiera relatar: en Tijuana, creo que era la colonia Obrera había unas casas blancas donde vivían familias oaxaqueñas. Cuando tocamos la puerta y nos presentamos, equipados con nuestras pequeñas grabadoras, de repente éstas se trabaron. La jefa de familia que amablemente estaba respondiendo a nuestras preguntas, sonrió y nos dijo que esperaríamos un momento. Entró a su casa y salió con una enorme grabadora de aquellas que se conseguían allende la frontera para que hiciéramos nuestra entrevista; se recargaban esos aparatos con baterías de auto. Por todas las calles, los neumáticos que tiraban del otro lado de la frontera eran reciclados como escaleras o jardineras.

Viene a mi memoria otra anécdota, que nos tocó vivir al equipo que trabajábamos en el Proyecto de Ciudades Perdidas: una noche, Margarita nos despertó en Tijuana para conducirnos a la frontera. En ese momento no existía el muro que hoy en día conocemos, era sólo un enrejado con alambre de corral que separaba a México de Estados Unidos en una sola calle. Esa malla tenía unos agujeros, y por ahí pasaban las personas, a veces familias enteras. Por allí nos pasamos con Margarita y pudimos observar, en medio de la noche, a las personas que caminaban; de pronto vimos un helicóptero del lado estadounidense con unas luces que se dirigían a quienes transitaban,

y las personas corrían a esconderse. Vimos a los “polleros” y platicamos con ellos, también se acercaron unas patrullas y entonces todos nos regresamos del lado mexicano. Creo que Margarita no sólo nos permitió entrevistar a estas familias, sino ver cómo cruzaban en medio de la noche.

Mencionaré el caso de la frontera: ahí estas familias, como otras que entrevistamos, se asentaban en el lado mexicano y los miembros que pasaban a trabajar a los campos estadounidenses tenían en estas colonias (la Libertad, la Obrera o Cartolandia) un lugar donde se encontraba la familia ampliada, esposa, hijos, hijas o los allegados. Generalmente nos recibían con una gran amabilidad y nos brindaban un refresco para ese calor tan apremiante que nos tocó en nuestros recorridos. El trabajo contemplaba conocer no sólo el nivel de vida sino también la participación política, estructura familiar y cultura en general.

Me permito reproducir algunos de los párrafos que escribí y que me sirvieron para la elaboración de mi tesis de licenciatura.

Es por demás sabido que la vivienda de las “ciudades perdidas” no cubre las necesidades de espacio, comodidad y seguridad que una familia, y en especial si es numerosa, necesita.

En la encuesta mencionada la situación detectada en las ciudades perdidas fue la siguiente: entre un 49.2% y un 79.8% de la población vive en un cuarto redondo, es decir que existe un alto índice de promiscuidad, mismo que redundando en el carácter de los integrantes de la familia. Dentro de la habitación-comedor-cocina se encuentran una o más camas (o tendidos para dormir) donde duermen a veces hasta 15 personas. En algunos casos, los niños y las niñas duermen en camas separadas; en otros, la madre y los hijos en una cama, y los otros adultos en el suelo, en petates o en hamacas. En los mejores casos duermen en recámaras separadas, pero casi siempre una cama es compartida por varios miembros de la familia (Valle Prieto, 1980: 204).

Si bien la vivienda es muy reducida y viven en ella miembros de la familia como allegados, el nivel

de educación en ese momento entre los encuestados se encontraba esta situación:

La población femenina de 6 años en adelante en estas ciudades presenta un índice de analfabetismo del 14.5% al 32.5%. Las mujeres alfabetas están entre el 67.4% en Lázaro Cárdenas, al 82% en Tijuana al 82.6% en Coahuila de Zaragoza, hasta el 85.5% en Monterrey. Ahora bien, no todas estas mujeres alfabetas tienen una preparación elevada. Más bien se trata de un porcentaje muy elevado de mujeres que saben leer y escribir, quedando, una gran cantidad de ellas, con la primaria incompleta. De las mujeres alfabetas mencionadas, en Monterrey un 44.2% tienen primaria incompleta y un 17.1% primaria completa y sólo un 0.2% llega a hacer estudios profesionales. En Tijuana y Coahuila de Zaragoza el 52.7% tiene primaria incompleta, el 15.7% primaria completa y sólo un 0.1% llega a profesional. En Lázaro Cárdenas un 48.6% tiene primaria incompleta, el 5.6% primaria incompleta y ningunos estudios profesionales. Estas cifras muestran que la calificación para el trabajo entre las mujeres de esta población es casi nula (Valle Prieto, 1980: 212).

Esa situación se debe a patrones culturales heredados y en estas condiciones la mujer es madre desde muy joven, cuida a los hijos y esto a lo largo de su vida no le permitía seguirse preparando.

México estableció un Tratado Migratorio que se inició en 1942 (Valle Prieto, 2012), como una colaboración con la Segunda Guerra Mundial, el cual permitió que la población migrante tuviera un marco institucional para poder trabajar en Estados Unidos, sobre todo en los estados del sur de Estados Unidos. Ese tratado estuvo vigente hasta 1965. De ahí en adelante las ciudades fronterizas crecieron por la cantidad de migrantes que querían trabajar allende la frontera, pero sin un acuerdo institucional fueron los “polleros” los que se convirtieron en facilitadores para que aquella mano de obra cruzara a trabajar, sobre todo para la recolecta de cosechas y también en el área de servicios. Fue en la década de 1970 cuan-

do acudimos con el equipo de Margarita a la frontera y a las otras entidades ya mencionadas.

Hoy en día se habla de un nuevo acuerdo para que los migrantes ya no sólo de México sino de otros países de Latinoamérica, el Caribe y otras partes del mundo puedan laborar en Estados Unidos. Creo que lo visto por nuestro equipo de trabajo, dirigido por la Dra. Nolasco, es una experiencia importante para entender este fenómeno y cómo la mano de obra que pasa indocumentada está desprotegida y sufre muchas vicisitudes.

Bibliografía

- Valle Prieto, Ma. Eugenia del (1980), “Parto y aborto en algunas ‘ciudades perdidas’ de México”, *Anales de Antropología*, vol. XVII, t. II, p. 204.
- ____ (2012), “Braceros en fuga: las relaciones México-Estados Unidos en los años del milagro mexicano”, en *El XX mexicano. Lecturas de un Siglo*, México, Itaca, pp. 133-152.